

EL "NUEVO LLAGUNO", O SEA "REPERTORIO BIOGRAFICO DE LOS ARQUITECTOS ESPAÑOLES"

La historiografía de la Arquitectura española cuenta con un libro ejemplar, sin paralelo en el resto de Europa, y por ello admirado siempre de los extranjeros: es el famoso compendio de don Eugenio Llaguno y Amirola, notablemente acrecentado por Ceán Bermúdez, titulado Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España desde su Restauración, y, mejor y más lacónicamente, conocido por El Llaguno.

Pero desde que se cerraron «las Noticias de los Arquitectos» ha pasado mucha agua bajo los puentes. La incansable investigación de los historiadores del Arte, que cada día alumbran nuevos documentos, y el perfeccionamiento de los métodos analíticos, que de vez en vez ahondan más en el conocimiento objetivo de los monumentos, hacen que en el día de hoy pueda completarse El Llaguno con muchos datos nuevos. A esto hay que añadir la información actual sobre arquitectos que

no figuran en sus páginas, algunos de la importancia, v. gr., de Lorenzo Vázquez, el introductor del Renacimiento en Castilla. Por fin, faltan desde Silvestre Pérez, último arquitecto del que da noticias el Llaguno-Ceán, todos los modernos. Otros diccionarios de profesores de Bellas Artes tuvieron continuación; tal es el caso de las Adiciones del conde de la Viñaza al Ceán Bermúdez, pero, por desgracia, no ha ocurrido tal cosa con El Llaguno, y el elenco de los arquitectos quedó cortado a los comienzos del siglo XIX. Este Nuevo Llaguno que hoy emprende la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA, esperando el concurso de todos los arquitectos y estudiosos que puedan ofrecer papeletas interesantes para nutrirlo, tiene, pues, este objeto de completar nuestra obra insigne con labor continuada, que no aspira a la perfección inmediata, sino a ir haciendo poco a poco granero con el fruto modesto de todos.

DON JUAN DE VILLANUEVA (1739-1811)

Por Fernando Chueca, Arquitecto

S U V I D A

«Honor y prez de la Arquitectura española, tuvo a bien la Divina Providencia conservar su vida setenta y un años, once meses y siete días, para acabar de arraigar en el reino el antiguo arte de construir y el buen gusto en el adorno de la Arquitectura.» Así comienza el artículo de Ceán Bermúdez en sus adiciones a *El Llaguno* (T. IV, pág. 330).

Fué, en efecto, Villanueva uno de esos felices arquitectos—muy contados, por cierto—en quien concurren larga vida, circunstancias propicias para el desarrollo de su personalidad y cualidades excepcionales de hombre y artista.

Nació el 15 de septiembre de 1739; hijo de un viejo escultor y hermano de un arquitecto, Diego, que por diferencia de edad (veinticuatro años) podría ser su

padre. Tuvo desde la cuna consejeros y guías desinteresados para emprender la senda elegida.

A los quince años, en 1754, obtiene su primer triunfo escolar en la Academia de San Fernando: el primer premio de tercera clase. En 1756 recibe el primer premio de segunda clase, y en 1757 logra el más alto galardón estudiantil con el primer premio de primera clase. Tenía diecisiete años. No había ganado sino primeros premios, y como primero fué a Roma (1759) en una de las más célebres oposiciones que hizo la Academia.

En la Ciudad Eterna comenzó por dibujar una cornisa antigua; siguió por el Arco de Tito y el templo de Tívoli. Al ir acabándose su pensión, descubrió a veces un carácter obstinado y borrascoso. Entonces recibió el primer revés de su vida, al no verse premiado en el concurso de la Academia de Parma (1764).

Salió de Roma calladamente, escondiendo de todos su

orgullo herido. En Madrid le encargaron lo menos adecuado a su genio y a su educación clásica: dibujar los arabescos de Granada. Poco duró en este cometido, y su intuición sagaz fué hacia el manantial que convenía a su espíritu, y, por venturosa coincidencia también, a su carrera: El Escorial. Allí se introdujo en la Corte por la mano de los Infantes, y allí nos ha dejado algunas de sus obras más hermosas. En 1777 había terminado las dos maravillosas «casitas», ejemplos de gracia y cortesanía. Mientras tanto, había pasado por los cargos de Teniente (1770) y Director (1774) de la Academia de San Fernando. Quedó el arquitecto uncido ya a la periódica rotación de la Corte borbónica, por los lisonjeros Sitios Reales y, a su paso, quedaron los jardines florecidos de sobria pero amena arquitectura.

Pero su centro debía volver a ser, cerrándose la curva de su vida, Madrid, la capital que le vió nacer, el lugar de la Corte, de la política y de la vida intelectual. Aquí tuvo su casa, con su despacho y su escuela. Desapareció hace pocos años y estaba en la antigua calle de San Juan, hoy de Hernán Cortés (ni una lápida marca su emplazamiento). Vivía con su mujer, doña Juana Moraza, y su única hija, Paula, que casó con don Jacinto Alcobendas, y le dió a don Juan una nieta, Jacoba Alcobendas y Villanueva.

En aquella casa aprendieron sus discípulos con fervor y continuidad que rara vez se ven en nuestra historia. Pocos son los artistas españoles que hayan dejado escuela, y menos tan amplia y sólida como la de Villanueva. Sus discípulos más brillantes fueron Isidro González Velázquez, Antonio López Aguado, Juan Antonio Cuervo, Custodio Moreno, Francisco Javier de Mariategui, Pedro de Zengotita Vengoa (que publicó recogiendo papeles del maestro, una obra intitulada *Manual para los Albañiles*. Es el único escrito conocido de Villanueva, y de bien modesto porte, ciertamente). Juan Miguel de Inclán Valdés, etc.

Villanueva llegó, en Madrid, a ocupar los más altos puestos de su carrera: Director General de la Academia (1792), Arquitecto y Fontanero Mayor de la Villa de Madrid (1786), Arquitecto Mayor de los Sitios Reales (1789). A la muerte de Sabatini, Carlos IV le nombró su Arquitecto Mayor (1798), con honores de Comisario Ordenador y luego de Intendente de Provincia (1802). Con todo, el mayor honor se lo hizo a Villanueva Carlos III, encomendándole el proyecto del Gabinete de Historia Natural (1785), que, convertido luego en Museo del Prado, es el edificio donde radica y radicará siempre su gloria. Murió el gran arquitecto en los días aciagos, tristes y opacos de la francesada (22 de agosto de 1811). Mereció ser enterrado en la capilla de Belén, propia de los arquitectos, en la iglesia de San Sebastián, y descansar en San Francisco el Grande durante los nueve años que fué Panteón Nacional (1869 a 1878).

S U S O B R A S

Su larga vida y el aprecio que mereció de los reyes y los más altos círculos del país, le permitieron llevar a cabo numerosas construcciones, las más de señalada monumentalidad. Muerto Villanueva, tendrán que pasar muchos años antes que se construya con la holgura de medios con que él lo hizo, y aun así, no se repetirá en la historia de España un edificio como el Museo del Prado, ejecutado con fastuosidad digna de los antiguos romanos. En realidad, Villanueva representa el fin de una etapa de realizaciones puramente monumentales.

Sus primeras obras las llevó a cabo en el Real Sitio de San Lorenzo, y fueron una casa para el cónsul de Francia (1768) y otra para el Marqués de Campo-Villar.

Aunque ceñidas al ambiente escurialense, transparenta en ellas algo de los palacios romanos. Pronto pudo dar Villanueva su propia medida en una obra de tanta

consideración como las casas de los Infantes (1771). Ocupan la línea de la lonja fronterera a la fachada principal del Monasterio, uniéndose por uno de sus extremos con el edificio de la Compañía. Rindió noble tributo a Juan de Herrera, no variando un ápice las fachadas de las antiguas casas de oficios, pero demostró la manera de repartir las plantas con grandeza y construyó unas espléndidas escaleras encañonadas entre muros, al estilo de las que se ven en los palacios romanos. Construyó más adelante los dos lindos «casinos» llamados «Casita de Abajo» y «Casita de Arriba» (1772 a 1777), y, al hacerlo, empujó las puertas que conducen a la celebridad. Son obras en que el clasicismo innovador no elimina del todo cierta blandura dieciochesca. Después de los casinos escurialenses, levanta el de El Pardo (1784), combinando piedra y ladrillo y logrando una de sus obras más sobrias y serenas. Se presiente en ella, delicadamente apuntado, el tema desarrollado luego en el Museo del Prado.

La primera de sus obras importantes en Madrid fué la Casa del Rezo, hoy Academia de la Historia. Antes y después había construido algunas casas de habitación. Tomó gran parte en proyectos y obras de hidráulica e ingeniería: traída de aguas de Pamplona (1774); irrigación del Priorato de San Juan, en La Mancha (1781); caminos de Aranjuez y La Granja; proyecto de canal de navegación y riego en los Alfaques, etc. Al final de su reinado, Carlos III le encargó las obras más importantes de su capital y las que por su programa correspondían mejor a las ansias de ilustración del siglo. Concebidos como verdaderos templos a la Naturaleza—albergues del ritual científico—, comenzó Villanueva el Jardín Botánico, El Gabinete de Historia Natural (1785) y el Observatorio Astronómico. El Observatorio es una versión del Palladio, algo fría a fuer de delicada y «aticista». El Museo del Prado es todo Villanueva; reúne lo mejor, lo más elevado y característico de su personalidad, pero también descubre sus puntos flacos, sobre todo si se juzga con un canon puramente clásico: la dislocación de sus masas para producir contrastes violentos, la pluralidad de «ordenaciones», la falta, en una palabra, de unidad.

Conocemos sus preferencias en arquitectura religiosa, por lo poco que hizo—iglesia del Caballero de Gracia, en Madrid (1789)—y por alguna cosa que proyectó. Iban, acordes con las de su época, a favor de las organizaciones basilicales.

Su cargo, a la cabeza de la arquitectura municipal madrileña, le hizo ocuparse en varias obras de la villa: la columnata del Palacio Municipal que da a la calle Mayor; la reforma de la Plaza Mayor, después del incendio de 1790, que acabó de darle la fisonomía que hoy tiene; los proyectos para reconstruir el Coliseo del Príncipe, tras el incendio de 1802, y tantas otras de menor cuantía, casi de trámite.

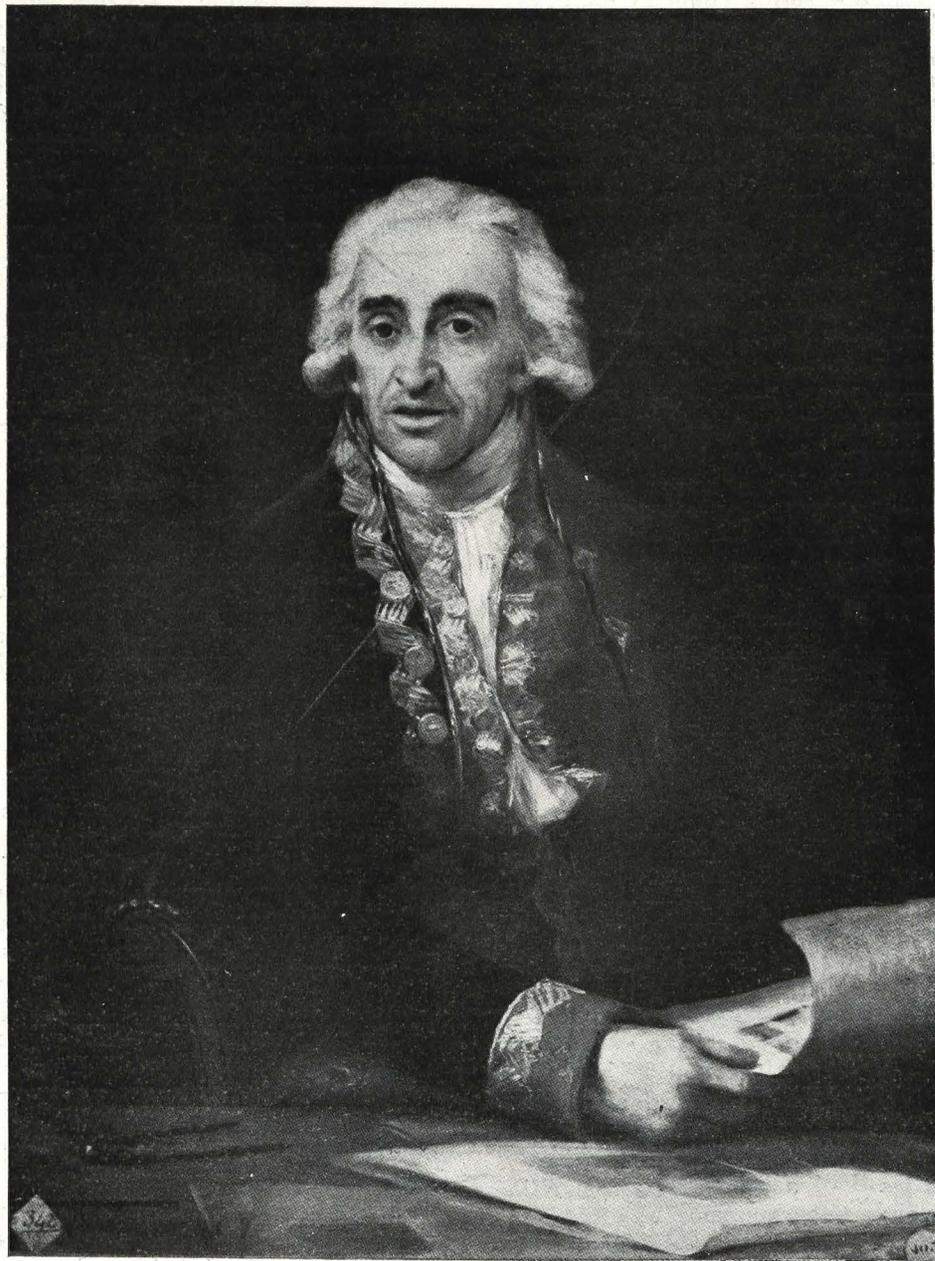
El arquitecto madrileño que había conquistado Madrid, poniéndole cerco desde la periferia de los Sitios Reales, no abandonó jamás estos plácidos lugares. En El Escorial siguió haciendo trabajos tan importantes como la tercera Casa de Oficios o Casa de Ministerios (1785) y la escalera de Palacio, alarde de lógica y sensibilidad. En Aranjuez nos dejó, junto con la gran portada de entrada al Jardín del Príncipe, algunos caprichos de jardín, como el kiosco chinesco y el templete griego. Si se añaden algunas fábricas efímeras, como las que se alzaron en honor de Carlos IV, con ocasión de su coronación y en las que tanto y con tanta fantasía intervino Villanueva, tenemos ya cumplido el catálogo de sus obras más salientes. Muchos fueron los proyectos, estudios e informes que ocuparon su larga y fecunda vida de trabajo y que no caben en esta breve noticia. Una cosa sí puede destacarse, y es que su obra, siendo numerosa, no está, ni mucho menos, dispersa, caso opuesto al de su coetáneo Ventura Rodríguez. En el círculo de los Sitios Reales, cuyo centro es Madrid, está toda ella encerrada.

SIGNIFICACION DE SU ARQUITECTURA

Juan de Villanueva cuenta entre aquellos pocos cuya fuerte personalidad y favorables condiciones históricas han modificado la trayectoria de su arte. Tuvo la virtud de convertir en realidad artística los infusos sentimientos de su época. Tantas exploraciones en busca de la belleza antigua, de la «belleza absoluta», del «ideal en sí» no habían dado más fruto que disquisiciones de filósofos y catálogos de anticuarios. Las columnas que había estudiado en los foros romanos dieron a sus fábricas «gentileza y grandiosidad inexpresables», como dice Ponz. Los espíritus cultivados comprendieron que Villanueva había tocado la fibra sensible de su época; de ahí su éxito. Pero no obstante ser un renovador, formado fuera de España, otro de los aciertos del maestro fué su indiscutible españolismo, madurado a la sombra inmensa de El Escorial. Con Villanueva, la arquitectu-

ra oficial dejó de ser afrancesada o italianizante para volver a ser española.

Los tres grandes hitos de su carrera se simbolizan en Roma, El Escorial y Madrid. En el ambiente específico de estas tres ciudades halló inspiración para sí y clima propicio para la granazón de su obra. No basta con decir que fué un estudioso de la antigüedad, un académico pulcro y erudito, un neoclásico. De haber sido así, no hubiera arrebatado a sus contemporáneos ni nos emocionaría a todos los que contemplamos el Museo al correr de los años. Era necesario además ser un artista de temple, con capacidad para expresar la inquietud de su tiempo, para saber ver cómo en el almacén del anticuario los cachivaches viejos se transfiguraban, adquiriendo una vida nueva y distinta, una vida que nacía entre sombras de espectros históricos y que apuntaba derechamente a lo que se ha llamado Romanticismo.



Don Juan de Villanueva, retrato pintado al óleo por don Francisco de Goya.